

## Crónica –sentimental- de un Miércoles Santo

Rafael Moreno (rmoreno@us.es)

Este texto comenzó a surgir como una entrega más de un diario que pensé hacer sobre mi Semana Santa del complicado año 2020. Iba a utilizar el recurso de contar mis recuerdos de los sucesivos días como si fueran narraciones de este año, en el que por la pandemia confinadora no hay cofradías en la calle. Era un intento de preservarme de nostalgias que pudieran aparecer en días y momentos señalados, y de disfrutar mientras lo escribiera.

Con esos planteamientos empecé con el Viernes de Dolores, pero al comprobar la extensión que alcanzaba y el tiempo que me quitaba para el teletrabajo, abandoné la idea de hacer una entrega por día. Como alternativa, decidí centrarme en el Miércoles Santo, día especial para mí, cambiando el enfoque inicial al de una crónica -teñida inevitable e intencionalmente de sentimiento- de esa jornada.

Pronto me resultó claro que estaba haciendo un ejercicio de reflexión sobre qué representa realmente para mí ese día, y también por qué lo es. Son preguntas que alguna vez me he hecho, pero que nunca había abordado, y que las circunstancias de este año me han dado esta oportunidad, que he tratado de aprovechar.

Obviamente, escribo de mi Miércoles Santo, como otras personas pueden hacerlo del suyo, o de su Lunes Santo, de su Madrugá o de cualquiera de las jornadas de esta Semana y sus Vísperas. No pretendo ni evito que mis vivencias sean similares a otras, aunque sospecho que pueden ser no muy diferentes al margen de detalles, fechas, personas, lugares y sucesos específicos de cada quien. Confirmar o rebatir esa sospecha podría ser objeto de una investigación desde la Psicología con la que me gano la vida. Pero en esta ocasión no es ese mi marco ni mi objetivo.

Con este texto pretendo ayudarme a vivir a mi modo la Semana Santa especial de este año, y disfrutar de lo recordado al escribirlo, confiando en que si esto llega a personas cercanas que lo lean –por curiosidad, o deferencia conmigo- pueda ayudarles a distraerse en el confinamiento, tanto si lo leen al completo y de una sola vez, como si lo hacen por etapas, o solo parcialmente.

Para esa decisión, es útil saber que lo escrito está dividido en dos grandes apartados. En el primero, he expuesto qué es para mí esa jornada de la Semana, y por qué creo que lo es. En el segundo, y a partir de esa información previa, desgano mis vivencias del día, repartidas en su mañana, en su tarde y en su noche, añadiendo diversos enlaces a webs y videos disponibles en Internet para mayor información y disfrute.

### **Emociones, vivencias y sus posibles razones**

Lo primero que debo aclarar es que el Miércoles Santo es para mí lo que es por ser el día que sale la Hermandad del Buen Fin de Sevilla, a la que pertenezco desde 1958 cuando aún no había cumplido los siete años, y en la que ya había salido de nazareno un año antes.

#### **En la infancia**

Esos primeros años vestí una túnica que ha llegado a cumplir ampliamente su cometido. He de aclarar que en Sevilla llamamos túnica al hábito nazareno, y no “traje” como me dice para hacerme rabiarse una persona que bien me quiere, mi mujer y compañera Mari Ángeles, cuando hablamos de llevar la prenda a la tintorería para su limpieza y planchado, una vez que ya pasé la

edad en la que no me resulta necesario alargarla echándole su dobladillo para ajustarla a mi crecimiento.

La primera túnica me la dejaron mis tíos Paco y Josefina –él, hermano de mi padre-. La tenían desde que se la habían hecho a su hijo varón mayor –mi primo Antonio Moreno- cuando era un niño al final de la década de los 40, años de penuria en los que, al no encontrar tela del color adecuado, confeccionaron la prenda ya metidos en Semana Santa tras teñirla del color marrón de inspiración franciscana que lleva la Hermandad. Si lo recordamos bien él y yo, fui el segundo en usarla, pero la saga de beneficiarios continuó al menos con su hermano Ricardo, mi primo Juan, y mi sobrino José Manuel.

De lo mencionado me viene la vinculación con la Hermandad el Buen Fin. Ellos la adquirieron cuando al querer salir de nazareno mi primo Antonio, lo apuntaron en ella al vivir sus abuelos maternos en la calle Santa Ana 46-48. Muy cerca por tanto de la iglesia del convento franciscano de [San Antonio de Padua](#), sede de la Hermandad [desde su traslado en 1605](#), y también desde su reorganización en 1908 tras un tiempo de desaparición como cuenta pormenorizadamente Adolfo Salazar Mir en su espléndida [Memoria Histórica de la Hermandad del Buen Fin \(1590-2005\)](#).

Cuando la primera túnica se me quedó pequeña, estuve saliendo con otras cada vez mayores en talla que la Hermandad cedía a sus nazarenos que no la tuvieran en propiedad, algo común y mayoritario en muchas hermandades por entonces.

Como en aquellos años de mi infancia vivía en Badajoz con mi familia, era mi abuelo paterno Antonio -maestro de profesión y bueno por práctica natural diaria- quien hacía esas gestiones previas y necesarias para poder salir junto con mi padre, que se había hecho Hermano cuando me hizo a mí, por lo que hasta su fallecimiento nuestros números en la Hermandad fueron correlativos.

Volviendo a mi abuelo Antonio, cuando los sábados vísperas de Domingo de Ramos de cada año regresábamos a Sevilla y llegábamos a su casa, donde pasábamos toda la Semana Santa en unos días inolvidables de cariño y familia, siempre me recibía con un beso y abrazo, seguidos de una cara de fingido abatimiento para comunicarme que ese año se le había olvidado recoger la papeleta de sitio, necesaria para salir en la cofradía. Exceptuando quizás la olvidada primera vez que me lo dijera, eso me llevaba a seguirle el juego, no sin un puntito de intranquilidad hasta confirmar que efectivamente era broma, a lo que seguía un nuevo abrazo de cariño y agradecimiento. Pensando ahora en aquello, supongo que ya se había percatado de lo que iba significando para mí salir de nazareno en el Buen Fin.

En aquellos primeros años, vestirme de nazareno significaba para mí ilusión e intranquilidad hasta confirmar que la lluvia no iba a aparecer ese día, escudriñando crédulamente los signos que me habían enseñado como anunciadores del agua no deseada para aquellos días: si la Luna aparecía con cerco la noche anterior, si las hojas de los naranjos se movían hacia arriba con el viento, y algún otro. Y es que salir de nazareno me hacía sentir importante, grande y protagonista, porque así me lo procuraba una familia tan semanasantera como la mía.

Está claro que tener esas vivencias de pequeño dejan huella -las asociaciones pavlovianas no solo funcionan con la salivación-. Y aunque ya de adulto entiendas que más que importante eras un privilegiado por vivir y sentir lo que sentías, continuas con similares emociones de satisfacción.

Además de protagonista, salir de nazareno me hacía sentir y disfrutar otro sentimiento como el de formar parte de una colectividad, de un grupo con el que compartía emociones muy placenteras. En ese sentido, tengo un recuerdo muy vívido de mi primer Miércoles Santo camino de la iglesia de la mano de mi padre, tras haber aparcado ¡sin ningún problema de sitio! en la calle Santa Ana su antiguo, negro y entrañable Opel, “El Mu” como lo conocíamos por su matrícula de Murcia, MU-8990. Recuerdo que aquel día fui consciente por primera vez de ¡que había otros nazarenos del Buen Fin!, de que había otras personas que vestían una túnica como la mía, y con las que yo –otra vez protagonista- iba a ir como otro más.

El protagonismo que me hacían sentir mis cercanos y el sentirme parte de un grupo de iguales se reforzaban cuando formaba parte real de la cofradía, cuando ocupaba mi sitio en ella. Primero con varita, después con cirio pequeño, y algo después cuando tuve algo más de envergadura y fuerza con cirio grande, el de cinco kilos y considerable altura hasta que iba consumiéndose desde que lo encendían al acercarnos a la Carrera Oficial poco antes de las siete de la tarde.

El encenderlo a esa hora me parecía tardío porque me privaba de poder dar cera a los niños que la habrían pedido desde la salida, que entonces era a las seis, socavando así mi faceta de protagonista que repartía ilusión con la cera y los caramelos. Esa sensación se incrementó cuando los cirios pasaron a ser rojos al adquirir la Hermandad carácter sacramental a comienzos de los sesenta.

Por mi experiencia en el resto de la Semana, bien sabía yo el valor de la cera roja. Ella, como la de cualquier color distinto al blanco, era menos frecuente que esta, que era llevada en casi todas las cofradías en Sevilla al menos en sus tramos de paso de Virgen, como símbolo de su pureza. Pero además de por la variedad que suponía frente al color mayoritario, la cera distinta a la blanca resultaba más atractiva también por la mayor consistencia que imprimía a la bola en la que íbamos acumulando la recolección diaria. Bola que teníamos que comenzar cada año los que no éramos tan precavidos como quienes, terminada la Semana Santa, la guardaban a buen recaudo para hacerla crecer el año siguiente, aunque –todo hay que decirlo- algunos le añadieran dosis extras con velas que sus madres tenían en la cocina de sus casas en previsión de posibles apagones que de vez en cuando ocurrían por aquel entonces. Apagones, por cierto, que en invierno cuando la tarde era noche, se convertían en perfecto por casi creíble aliado cuando al día siguiente esgrimías tales sucesos lumínicos como justificación para no llevar realizada la tarea escolar. Algo con lo que he intentado alguna vez hacer broma con mis estudiantes, sin que me la llegaran a captar del todo, logrando en cambio que me miraran con caras condescendientes mientras dirigían sus miradas –supongo- a mis canas, calva y arrugas faciales.

Cuando me he extendido en hablar de la cera, iba a decir que el protagonismo que me hacían sentir cuando de niño vestía de nazareno, y mi convencimiento de hacerlo con otros, se reflejaba en lo en serio que me tomaba yo todo aquello. ¿Ir con el antifaz recogido para dejar la cara destapada, para “que al niño le diera el aire”? Nada de eso. Si había que pasar calor, y efectivamente se pasaba algunos años, se pasaba. Si mi padre y los demás iban con la cara tapada, ¡yo también! ¿Qué me sacara mi madre a la salida de la Catedral para que tomara un refresco y un bocadillo, y me diera el aire estando ese rato sin capirote? Pues, como hubiera dicho entonces algún moderno de hoy, “Iba a ser que no” ¿Se salían acaso mi padre, mi primo Antonio y los demás mayores? No; pues yo tampoco. Vale ir rapidito, con ellos y como ellos, a los escasos y reducidos servicios que había en la Catedral entrando a la derecha por la puerta de San Miguel. Y vale también aprovechar el bocadillo que mi madre me daba poco antes de llegar

a la plaza del Salvador –muy cerca de donde teníamos las sillas en Sierpes-, que tenía que sostener con una mano bajo el antifaz, teniendo la varita o cirio en la otra, y tratando de no perder la visión del exterior al separarse de la cara el antifaz por mor del bocadillo, que además debía ocultar al público. Pero salvo dicha licencia, el niño “tenía” que hacer el recorrido entero, hasta llegar a San Antonio a eso de la medianoche, que era la hora en que la entrábamos entonces, cuando los costaleros antiguos que sacaban una cofradía cada día y sin relevos no se podían permitir el tiempo y esfuerzos de estar en la calle que les resulta posible a los actuales.

En esto de aguantar como los mayores, he de confesar que el primer o segundo año de salir de nazareno me vi favorecido por una abundante lluvia que nos cayó, obligando a quedarnos en la Catedral un tiempo que ni recuerdo ni sé estimar ahora, pero sí que me dejó grabada mi imagen sentado en el suelo, frío y duro, pero acogedor. Así que por lo que me indica ese recuerdo, el niño concienzudo y cumplidor con las normas del buen nazareno, también aportaba dosis de sobreponerse al cansancio, que en todo caso únicamente puedo inferir al suponer algo similar a cuando ahora de vuelta voy viendo que se me acaba el disfrute de las nueve horas actuales, y me digo que en esos momentos estaría dispuesto a volver a ir a la Catedral. También es cierto, todo sea dicho, que me lo digo ¡sabiendo que eso no va a ocurrir!

Mis emociones de aquella época infantil, y que en buena parte perduran, aunque matizadas por la experiencia acumulada, también tenían que ver y se alimentaban con el compartirlas con personas muy queridas para mí, muy cercanas y especiales, además de mis padres y hermana. Ya he dado un apunte de lo que mi abuelo paterno me ayudaba a vivir y disfrutar mis disfrutes. Con él, mi abuela María, su hija María Luisa y su marido mi tío Lorenzo, que vivían con ellos, formaban uno de los grupos que cada año hacían sentir a aquel niño –Rafalito me llamaron mientras vivieron- que aquello de vestirse de nazareno era algo importante. Un efecto parecido generaba la familia de mi tío Paco, que además de proporcionarme mi primera túnica como ya he contado, me compró el año que cumplí catorce mi primera túnica para salir en el Gran Poder con él, con su hijo Antonio, mi tío Lorenzo, mi padre y su entrañable compadre Pepe Garrido. Esa familia, más la de mi otro tío paterno, Pepe, que cada año venían del destino en el que los tenía su trabajo de director en el Banco Popular, y también la de mis padrinos y tíos maternos, Angelita, Luís y sus hijos, eran personas con las que compartía en mayor o menor medida mi disfrute de la Semana Santa. Todos ellos, más familiares de algunas de esas ramas, nos reuníamos cada año en un numeroso grupo en sillas de la calle Sierpes a la altura del entonces Banco Hispano-Americano, previo al cruce con Albareda y Entrecárceles. Un lugar y un grupo abundante en alegría, buen humor, cariño y afectos que rememoro cada vez que paso por allí, especialmente cuando lo hago vestido de nazareno, echándolos en falta o, como dicen bellamente en mi entrañable México, extrañándolos.

Esas emociones, tan placenteras cuando las vives y tan hermosas cuando las recuperas, crecían también cuando el Miércoles Santo llegaba a la iglesia de San Antonio para la organización de la cofradía. Allí nos encontrábamos mi padre y yo con mi primo Antonio, su primo Manolín que venía cada año de Madrid y, según los años, mi otro primo Antonio Moreno, y mis primos maternos Rafael, Luis Antonio y Juan.

En mis recuerdos tengo también a un nazareno, este ya no de la familia, y cuyo nombre no recuerdo, aunque sí que ¡nunca iba afeitado! Lo conocíamos de cada Miércoles Santo, cuando charlaba con mi padre, mientras yo los escuchaba con atención y buenas dosis de admiración por lo que sabían ver de la Hermandad. A él lo admiraba además porque era ¡diputado de tramo!, aunque también he de decir que no me gustaban las críticas que cada año hacía de algunos aspectos de la organización de la cofradía en la iglesia y de su transcurrir en la calle, algo

que ni yo percibía, ni tampoco quería ver desde mi nube de satisfacción en la que hacía mi estación de jubileo, esa que otros se empeñaban en llamar de penitencia. Algo, por cierto, que tardé algún tiempo en entender del todo al no cuadrarme ese calificativo con lo que yo sabía que disfrutábamos quienes nos vestíamos de nazareno.

En los afectos y apegos, en las ligazones cordiales y cálidas, también incluyo las formadas en el Buen Fin con sus Imágenes titulares, con el Cristo que da nombre a la Hermandad y con la Virgen de la Palma, a cuya advocación se le añade desde 2005 el calificativo de su carácter de Coronada, un reconocimiento que la jerarquía católica otorga a Imágenes por determinadas razones.

La [Imagen](#) del Cristo siempre me pareció seria, severa y adusta, a la vez que dulce, produciéndome respeto, sin alcanzar del todo a saber por entonces que era Imagen de un hombre ya muerto. A la [Virgen de la Palma](#), creo que la descubrí más adelante, bastantes años después. Supongo que se me diluía en ese paso grande, con [ese palio](#) que sí me llamaba la atención. Además, yo salía entonces en el cortejo de Cristo, inicialmente en el tramo que cerraba la insignia llamada Bandera de Sangre –negra con una cruz roja-, cuyas varas de acompañamiento llevaban los arriba mencionados de mi familia; y más tarde, cuando nuestra antigüedad en la Hermandad había aumentado, haciéndolo en el Estandarte de la corporación, algo más cerca del paso.

### **En la adolescencia y primera juventud**

Algo después, cuando llegó el final de la adolescencia, y la juventud empezó a apuntar que el muchacho era “ya mayor”, recorrí el camino de tantos otros de mi edad: dejar el cirio y pasarme a la cruz de penitencia, y más cuando lo hacías como yo junto con algunos de tus colegas, que diríamos ahora, como mi primo Luis Antonio, y mis amigos José María Maesa, que -casualidades de la vida- también era del Buen Fin desde niño, y Javier Gentil que se apuntó por salir con nosotros.

En aquellos años de primera juventud, el ir de penitente te permitía, además de un cierto roneo ante ciertas féminas de tu edad –para qué lo vamos a ocultar- y de mantener el sentimiento de importancia, igualarte en hombría a amigos que ya lo hacían. También ayudaba el ir en un sitio más atractivo que cuando ibas con cirio formando parte de un tramo en el que no veías sino a otros más como tú durante todo el recorrido. Por aquel entonces, como no éramos más de cinco los penitentes, no se formaba un tramo de cruces como ahora se hace, colocándonos por ello detrás del paso, entre este y la banda que lo acompañaba –la de Patón-, pudiendo así ir contemplando la Imagen, viendo el andar del paso y escuchando la música durante toda la estación.

Mi fidelidad a ir en el paso de Cristo se rompió cuando un año el grupo de amigos que salíamos con cruz decidimos, no recuerdo la razón, seguir en el mismo puesto, pero tras el paso de Virgen. También entre él y la banda, incluso un año que al poco de salir cambió de opinión el Diputado Mayor de Gobierno, la máxima autoridad de la cofradía en la calle, valga la redundancia porque en Sevilla cofradía significa Hermandad cuando sale a la calle haciendo su estación a la Catedral. Sucedió que al poco de salir nos cambió de estar justo tras el manto de la Virgen, a ir detrás de la banda con el consiguiente alejamiento de “nuestro” sitio. Allí permanecimos pocos minutos, los suficientes para mirarnos entre nosotros, decirnos que eso no iba a ser así, dejar que el autor del cambio se alejase a ocuparse de cosas más importantes, y volver a colocarnos donde nos gustaba más. Nuestro retorno fue acompañado por una mirada de cierta extrañeza por parte del director de la banda, que tampoco hizo nada por que

volviéramos a la situación “contra natura”, probablemente porque percibiría que, al ser pocos, tampoco lo alejábamos del paso de modo problemático por su función. Así continuamos hasta la entrada. Nosotros contentos y él no sé si con dosis de resignación, adaptado sin más, o simplemente olvidado del episodio.

### **En la adultez actual**

Vuelvo al hilo de sentimientos. Por lo importante que me hacían sentir cuando niño como nazareno, por lo bien que cumplía mi cometido de ir en la fila, por las dosis adicionales de reconocimiento familiar recibido por ello, por el cariño y afectos que he vivido y sigo viviendo con la Hermandad, por sentir ahora como privilegio ser miembro de la misma, por todo eso y quizás por otras cosas que no soy capaz de percibir, ser del Buen Fin –y no exagero- ha llegado de algún modo a formar parte de mi identidad como persona. Probablemente en una porción pequeña comparada con otras facetas de mi vivir, pero desde luego no poco importante en sí misma como supongo estoy dejando traslucir –o dejar a las claras, no lo sé- en lo que llevo escrito.

Por esa identificación me dolían las críticas que escuchaba cuando chico a aquel amigo de los Miércoles Santo; por ella, ya de adulto, me es indiferentes si a otros les gusta más o menos mi Hermandad como tal y como cofradía en la calle; y por ella me siento orgulloso de que miembros de la Hermandad fueran capaces de crear hace ya años, en 1982, la admirable obra asistencial del [Centro de Estimulación Precoz Cristo del Buen Fin](#), supliendo carencias estatales, y que no ha parado de crecer en niños atendidos –hoy ya más de 2500-, habiendo necesitado hacerlo también en el espacio requerido, desde que comenzó en la propia casa hermandad, hasta llegar a ocupar las magníficas instalaciones que desde 2017 funcionan una vez adaptadas gran parte de las dependencias del convento que al cerrar, la orden franciscana cedió a la Hermandad para el más que buen fin señalado. También por esa identificación y las satisfacciones que me ha regalado, siempre he tratado de aprovechar las oportunidades que se han ido presentando de inscribir en la Hermandad a cuantos adultos y niños se han dejado convencer –¿verdad, Mari, Rafa, Manolo, Mercedes, Mar, Vicky, Paco,...?-, abriéndoles así la posibilidad de que llegaran a disfrutar lo que yo.

Llegado a este punto voy dándome cuenta de que, sin haberlo pretendido, al desgranar matices y razones de la ilusión que contaba sentir con el Miércoles Santo, he ido mencionando distintos tipos de motivaciones humanas que hace ya tiempo un psicólogo, Abraham Maslow, identificó y representó en una pirámide, no desconocida fuera de la profesión. Explicaba que los humanos nos movemos por cubrir, aunque sea temporalmente, distintas necesidades, siendo su satisfacción las motivaciones que nos llevan a actuar. En la base colocaba los motivos asociados a las necesidades más básicas de tipo fisiológicos, y en la cúspide el deseo más evolucionado de Autorrealización personal.

Desde esa perspectiva me doy cuenta que las razones que he venido exponiendo al detallar y explicar mis sentimientos de Miércoles Santo buenfinero encajan sin esfuerzo en la pirámide mencionada, exceptuando la más básica y la más evolucionada recién referidas. Me explico.

Los afectos y cariños que he recibido y dado en y por el Buen Fin, encajan con los anhelos de *protección* y *seguridad* que los humanos buscamos. En esos afectos puede incluirse la relación denominada *devoción* que en nuestras Hermandades se establece con las Imágenes, y que al menos en el Sur de España adquiere tintes muy humanizados, de mucha cercanía, desligada incluso en ocasiones de la fe o de ser creyente. Por su parte, los sentimientos que he descrito de pertenencia a un grupo o colectivo con el que coincides en emociones responden al aspecto

social de las personas, a la necesidad de *afiliación*, con la que a su vez tiene relación la construcción y reconocimiento de la propia *identidad* de cada quien, en cuanto afiliación a uno mismo. Quedaría catalogar los también mencionados sentimientos de autoestima e importancia propia, que tienen que ver con las necesidades que los humanos sentimos de *reconocimiento* por parte de los demás y de nosotros mismos.

A la vista de lo que acabo de exponer, me doy cuenta que es la primera vez que tengo claras las fuentes o razones de mis emociones buenfineras. Con ello, he cumplido uno de los objetivos que me había propuesto con este relato, adicional a vivir a mi modo la Semana Santa de este año, que no tenemos. Sólo quedaría saber si he podido entretener a quien haya llegado hasta aquí.

### **Desgranando mi Miércoles Santo actual**

Recuperando el hilo de lo expuesto, si mis vivencias de niño y joven fueron lo emotivas que he ido describiendo, si por la ingenuidad de los años y el entorno favorable en el que crecí su intensidad no fue pequeña, y si a lo largo de los años nada ha ocurrido que las haya contrarrestado con suficiente fuerza, es entendible que en la actualidad mis vivencias a lo largo de un Miércoles Santo sean de tipo y nivel similares. Es lo que expongo a continuación, separándolo en varias partes, que para mí tienen significados diferentes.

#### **La mañana**

Tras una noche previa muy similar en ilusión a la del 5 de enero, y una buena levánta desde la cama - “a pulso”, “a pulso aliviao” o “al martillo” según las fuerzas-, el día comienza con los necesarios aseo, desayuno y atención a la intendencia doméstica que pueda quedar pendiente, todo ello veteado con frecuentes traslados mentales a lo que está por venir. Además, es el momento para decidir qué hacer en estas primeras horas del día, pues no todos los años son iguales. Los menos, si el cansancio de ver cofradías los días anteriores pasa demasiada factura, opto por descansar en casa disfrutando de las inminencias. Los más, en cambio, me llevo hasta San Antonio, esta vez no por el camino más corto que haré por la tarde, sino ampliando el recorrido para ver los pasos ya preparados de las Hermandades del Cristo de Burgos, Panaderos y Lanzada, a los que deseo no poder ver en la calle esta noche porque eso será señal que la lluvia nos ha permitido salir a todas las del día.

Este año iba a ser especial y de voluntaria obligación de acudir a San Antonio porque en la misa del día iban a entregarle a mi hermana de sangre y Hermana buenfinera, un reconocimiento y recuerdo por haber cumplido 50 años de su pertenencia a la corporación. Las circunstancias actuales han impedido el acto, que a buen seguro tendrá lugar y disfrutaremos más adelante.

En San Antonio, me acerco a los pasos, me recreo en sus exornos, me repito muchas veces que lo estoy viviendo, que es real, que un año más estoy aquí y con mi gente sana y feliz. Saludo contento a quien me encuentro y conozco, me detengo a ver el altar de insignias, acordándome de cuando los Moreno llevábamos algunas de ellas, y apreciando las nuevas, confeccionadas algunas de ellas por el taller de bordados de la Hermandad. No falta el acercarme a la lista de la cofradía para comprobar que voy en el sitio que en su momento pedí y esperaba conseguir por mi antigüedad de Hermano, mirar el número de quienes han logrado puestos más cercanos a los pasos que el mío –ya sólo las maniguetas y bocinas simbólicas en paso Virgen-, y averiguar dónde van mis familiares y amigos que también salen hoy de nazareno.

También me paro a recrearme en las puertas de la iglesia, a las que tantos recuerdos tengo asociados de cuando al terminar nuestra estación veíamos entrar desde dentro a la parte de la cofradía que restaba, reuniéndonos con mi madre, hermana y otros familiares que allí nos esperaban. Tengo grabados los reflejos de las velas de los candelabros del paso de Cristo en los pequeños cristales que esa puerta tiene en su parte superior. Las asociaciones pavlovianas siguen activas con estos contenidos, y mirar esa puerta cualquier día del año me traen imágenes de aquellas noches, de felicidad por lo vivido y nostalgia por lo concluido. Y no digamos cuando miro esos cristales en la mañana de la noche en la que volveré a verlos reflejar la luz esta vez de la candelaría del paso de Virgen, ya que el Cristo habrá entrado cuando yo lo haga. También, y con igual finalidad y motivo, me gusta pararme esa mañana para recrearme en el espacio abierto que hay entre las dos puertas de la iglesia, por la que esta tarde saldrá la cofradía.

No suelo estar mucho tiempo en San Antonio en la mañana del Miércoles Santo. No quiero alargarme allí en exceso una vez cumplido el ritual que acabo de describir. Vuelvo a casa, preparo mi comida –un simple pero abundante plato de espaguetis cocidos como fuente de energía- para sin prisas dar cuenta de ella, y tumbarme a continuación para oxigenar y relajar las piernas que tienen que responder a plenitud desde poco después. En todo ese tiempo, sobre todo en el de descanso, rebrotan con mayor claridad las ganas de que llegue el momento de vestir la túnica, pero también de que ese tiempo pase lentamente permitiéndome paladear cada segundo de la espera.

### **La primera parte de la tarde**

Para mí esta empieza en torno a las tres cuando inicio el rito anual de vestirme de nazareno. Cuando mis padres vivían, era el momento de salir hacia su casa con tal finalidad. Ahora en su ausencia, mantengo la tradición con mi mujer y en nuestra casa en el centro de Sevilla. Decidir el momento de empezar es siempre un dudar nervioso para no hacerlo antes de tiempo porque me haría esperar ya terminado de vestir antes de salir a la calle, ni tampoco más tarde de lo necesario porque me obligaría a ir más deprisa de la cuenta y no saborear igual cada momento ¡Cosas de la emoción!

El proceso es sencillo y con pasos bien medidos, que detallo para resaltar la dedicación y degustación en cada uno de ellos: Poner en sitio visible la medalla de la Hermandad y la papeleta de sitio para no olvidarlas en el momento de salir. Ponerme camisa de color discreto, dado que los puños se verán debajo de la túnica, y con bolsillo en el pecho para guardar la papeleta de sitio y algún pañuelo de papel. Escoger pantalón cómodo y no especialmente nuevo, de tejido acorde a la temperatura del día, que también me orientará en si uso jersey o no. Calzarme los calcetines y zapatos negros que marcan las reglas, bien limpios los segundos desde un tiempo antes. Subir con dos o tres vueltas la parte baja de los pantalones para que no puedan verse cuando me ponga la túnica. Engancharlos con imperdibles, que Mari Ángeles siempre tiene disponibles previsoramente, evitando así que el movimiento del andar pueda deshacer tales vueltas. Descolgar de la puerta del dormitorio la percha con la túnica donde ha estado desde que la recogí de la tintorería. (Curiosidad: Mi madre empezaba combatiendo las arrugas tendiéndola dos o tres noches para que la humedad de las madrugadas hiciera su función y dejara menos trabajo a la plancha que ella, o ya los últimos años su apreciada Rafaela, le aplicaban uno o dos días antes).

Es el momento de vestir la túnica marrón franciscano, que detallo también como analogía de lo que deseo saborearlo. Primero introducir brazos y cabeza desde la parte inferior y dejar caer la prenda mientras mi mujer sujeta la larga cola trasera, reminiscencia de una antigua señal



de luto en los antiguos nazarenos, que entonces la llevaban arrastrando. Para recogerla como ahora hacemos, debe extenderse en horizontal y dejar reposar después su parte superior en mi hombro. Es el momento de introducirme desde arriba el cíngulo o cordón blanco también franciscano con los tres nudos reglamentarios cayendo a la derecha. Sujetada así la parte inferior de la cola, ya puede soltarse la parte superior que reposaba en mi hombro para que caiga sobre el cíngulo. Ya solo queda tirar hacia debajo de la parte inferior de la túnica para que llegue a la altura debida de los tobillos, evitando que quede “saltoncita” como decía mi prima Mari Luz cuando veía alguna de tal guisa. Igual operación requiere la cola, subiéndola o bajándola a conveniencia, a lo que ayudo yo aflojando o apretando convenientemente el cíngulo, que al final debe quedar bien fijado para que aguante las casi doce horas que va a cumplir su función hasta mi vuelta a casa. Debo reseñar que esta operación final resulta más fácil y eficaz los años en los que, sin saber bien cómo ni por qué, encuentro un cierto tejido adiposo adicional en torno a la cintura en el que reposar con más firmeza el cíngulo mencionado ¡Cosas de la vida!

Ya vestido, queda poco para concluir. Colocarme la medalla con su cordón rojo –por lo de Sacramental de la Hermandad, igual que la cera- tras haberla besado como modo de hacerlo a mis padres que tanto hicieron por que ahora pueda estar viviendo lo que vivo. Guardar la papeleta de sitio. Meter en el bolsillo del pantalón –al que accedo por la correspondiente ranura que tiene la túnica- el puñado de caramelos comprados para darme un poco de sabor cuando haya pasado un cierto tiempo bajo el antifaz, y también para darlos a pequeños que me enternezcan por su ingenuidad y carita de asombro y felicidad, a cuyo efecto suelo llevar también en los últimos años algunas estampitas que tanto piden y les gusta con las Imágenes titulares.

Sobre el origen y razón de ese dar los nazarenos caramelos a los niños he pensado alguna vez que puede deberse, sin saberlo, al interés por establecer en ellos una asociación agradable entre ambas cosas, tratando de traspasar así la emoción por el caramelo recibido al nazareno dador y lo que le acompaña y representa. No lo sé, igual es una elucubración errónea de psicólogo.

Además de las llaves de casa para la vuelta, en los últimos años no olvido echar, en el bolsillo del lado opuesto al de los caramelos y estampitas, el teléfono móvil para hacer fotos de recuerdo en la iglesia con seres queridos, y enviar -antes de apagarlo- el último mensaje antes de salir compartiendo emociones al menos con mi mujer y mi hija.

Tras lo hecho hasta aquí, y vaciar lo poco que pueda haber acumulado de líquido tras el racionamiento autoimpuesto en las últimas horas, ya solo queda coger el capirote en forma de cono –otra antigua señal de penitencia-, desde hace unos años de rejilla plástica por ser más ligero y transpirable que el tradicional de cartón, y enfundarlo en el antifaz que me cubrirá otorgándome anonimato. Repasar que no he olvidado nada, darle un fuerte beso a Mari Ángeles, mirar el reloj que ya me habré quitado -que marcará en torno a las tres y media-, y decirme que ha llegado el momento de salir, cuidando de arremangar la túnica para no pisarla al bajar la escalera, evitando así un rodar nada deseable y menos aún en el día del que hablo.

Al salir a la calle tras cubrirme cabeza y cara, en lugar de salir directamente a la Plaza del Pan, giro hacia la de la Alfalfa para poder pasar por la calle Alcaicería y que en ella me vea Mari Ángeles marchar al gozo que me espera, y yo gozar al verla asomada en nuestro balcón enviándome nuevos besos y sonriendo con la felicidad que sabe llevo bajo mi ocultamiento.

La regla escrita dice que los nazarenos debemos ir a la iglesia por el camino más corto. Y para ello desde la plaza del Pan tengo varias posibilidades, entre las que cada año elijo una que

no sé a priori cuál va a ser. Una elección es tomar Puente y Pellón para por la Encarnación y Laraña llegar a la calle Orfila, a donde otros años llego por calle Córdoba, El Salvador y Cuna. Tras Orfila me dirijo normalmente a la Gavidia, viendo de reojo a la Cruz de Guía del Carmen Doloroso venir por Trajano, desde donde sigo a la Gavidia, Cardenal Spínola, Plaza de San Lorenzo, Alcoy, Marqués de la Mina, Plaza de San Antonio y San Vicente.

Es una hora esa primera de la tarde de los días laborables de la Semana Santa que me gusta, especialmente en las calles en las que aún no hay cofradías, y en las que el aún escaso personal camina tranquilo y sin prisas, como es propio de la sobremesa, y como evitando gastar fuerzas para lo que quieren vivir después. Y ese ambiente es el que también me envuelve y disfruto el Miércoles mientras voy en lo mío, en saborear cada metro que recorro y que me acerca al siguiente puesto de avituallamiento emocional de esta tarde que es la iglesia de San Antonio. Y para saborear cada uno de esos metros que recorro, salgo de casa con tiempo suficiente para no tener prisas que me hagan apresurarme, con lo que además evito sudoraciones incómodas bajo el antifaz si la tarde no es fría, como suele ocurrir cada vez más con esto del calentamiento global del planeta.

A pesar del ritmo tranquilo de mi andar, algún año he tenido que esperar en la pequeña puerta, que abren a las cuatro, por donde entramos los que vamos a formar parte de la cofradía: señal de que las ganas de empezar me hicieron decidir mal sobre cuándo empezar a prepararme. Lo normal, sin embargo, es que ya esté abierta cuando yo llegue y, al ser de los primeros en hacerlo, no tenga que guardar cola como ocurre desde poco después, lo que también algún año me ha ocurrido.

Tras disfrutar la primera retirada del antifaz y capirote del día, cuando al llegar a la puerta la brisa te llega de nuevo a la cara, muestras a quien controla la entrada la papeleta de sitio, que te la devuelve con el primer deseo de “Feliz estación, Hermano”, que recibes también del que un poco más adelante revisa que se ajusten a las normas igualadoras que rigen para este día sobre el calzado, nudos del cingulo y ausencia de adornos y joyas, a excepción de la alianza nupcial.

Tras pasado el pequeño patio por el que se entra, llegas a la amplia sacristía, que en esa hora está fresca por su penumbra y altura de techos, y aún casi vacía, con las dalmáticas dispuestas para los acólitos que irán delante de cada uno de los pasos. Esa llegada y visión me desencadenan bellos recuerdos que ya no van a parar. Me impresionó especialmente esa llegada y contacto con la sacristía y patio anterior, el año de inicios de siglo en el que volví a salir de nazareno después de muchos años sin haberlo hecho por diversas razones. Me pareció que todo estaba exactamente igual que cuando niño entraba y pasaba por allí con mi padre, a quien recuerdo vivamente cada vez que vuelvo a entrar en esa amplia habitación.

De la sacristía paso a la iglesia que a esa hora también está casi vacía, como así lo pretendía. Es momento de colocarme delante de una Imagen, después de la otra, y de sentirme de nuevo afortunado por volver a vivir lo que voy a vivir. Tras eso, ya es un no parar de saludar con alegría a muchas personas, los haya visto esa misma mañana, hace días o tal día como hoy del año pasado. Mari, de igual antigüedad que yo en la Hermandad, y su marido Pepe; su hijo de igual nombre; los hermanos gemelos que nunca diferencio, uno de los cuales fue varios años diputado de mi último tramo; Antonio, que me da de desayunar cada día de trabajo y que aquí se presta a llevar el pesado [Simpecado](#); Margarita y Florencio, psicólogos antiguos alumnos míos, y sus respectivos hijos; y otros muchas personas, incluyendo Rafael Ariza, el capataz general de la Hermandad, magnífica y sencilla persona, a quien conocí cuando mi compadre Moisés y yo lo

entrevistamos para la investigación que tenemos entre manos sobre la función que él y otros muchos desempeñan en Sevilla.

En ese continuo saludar, llega un momento en el que me dirijo antes de que vaya a más a la cola del servicio de la Casa-Hermandad, para facilitarme el llegar a la Catedral sin sobresaltos evacuativos. Al terminar este práctico y relajante cometido, suele llegar inmediatamente después otro de los momentos esperados: encontrarme con mi sobrina María del Carmen y su marido, Manuel, que habiéndose conocido como compañeros en el bachillerato resultó que ambos eran desde pequeños del Buen Fin, algo que nunca les he preguntado si eso les favoreció su acercamiento y posterior feliz unión. Con ellos vienen sus dos nuevos buenfineros, Nico y Adriana, que por su edad han de salirse de la cofradía antes de la Carrera Oficial, razón por la que sus progenitores se turnan cada año en salir de nazarenos, encargándose el que no lo hace de los pequeños desde fuera. Puedo imaginar lo que disfrutarán cuando sean los cuatro los que vistan la túnica simultáneamente y hagan su estación al completo. El encuentro con ellos es emotivo, alegre, salpicado de bromas con los pequeños, e incluye la consabida foto de cada año delante de uno de los pasos. Son momentos que espero que los cuatro guarden en su memoria, incluso cuando yo no les pueda acompañar, regalándome para siempre un lugarcito como el que yo les tengo reservado a quienes me precedieron en esta situación.

Entre unas cosas y otras, el tiempo va pasando más rápido de lo deseado, y llega el momento de acercarme a donde se forma mi tramo de parejas con cirio, el último de los que anteceden al paso de Virgen, en el que –con la excepción de un año con bocina- salgo desde que volví a vestirme de nazareno, y de saludar a los diputados del mismo y hacer acto de presencia, lo que sé agradecen porque faltas inesperadas les obligan a reorganizaciones de última hora. Normalmente, después de recoger mi cirio, ya me quedo allí viviendo otros de los momentos hermosos de la primera parte tarde. Es el encuentro de quienes llevamos ya unos cuantos años saliendo muy cerca unos de otros, en las últimas parejas de este último tramo, en el que nuestras respectivas antigüedades en la Hermandad nos sitúan a cada uno de atrás –más cerca del paso y por tanto el más deseado- hacia adelante. Tiempo de actualizarnos en novedades ocurridas en el año, y de recordar anécdotas de los muchos Miércoles Santo vividos de la guisa en la que ahora nos encontramos. Allí estamos quienes formamos el grupo de los cariñosamente autodenominados “viejos”, aunque casi todos sean más jóvenes que yo, razón por la que en los últimos años formo en la pareja que cierra el tramo y las filas de nazarenos con cirio, antecediendo a la antepresidencia y presidencia del paso, formada por miembros de la Junta de Gobierno de la Hermandad.

### **La segunda parte de la tarde**

En esas estamos cuando siempre nos sorprende la apertura de la puerta en torno a las cinco, para que empiece a salir la cofradía. Es el momento que los capirotos que se han ido colocando quienes van en el cortejo del paso de Cristo empiezan a moverse en mayor medida, dirigiéndose hacia la puerta, y vaciando poco a poco la parte de la nave central bajo el coro que habían estado ocupando. Sin demora, se oye el llamador del paso de Cristo convocando el capataz a los costaleros que van a hacer la salida a colocarse para la primera chicotá. En esta, y tras algunos años de paréntesis, se ha recuperado que mientras el Cristo avanza lentamente –“sobre los pies”- acercándose a la puerta suene [la marcha que lleva su nombre](#), interpretada desde la propia iglesia por la Banda de Las Nieves de Olivares que posteriormente irá tocando tras el paso de Virgen. Es un tiempo, el que dura la marcha, en que nuestra charla ha cesado, y nos concentramos en disfrutar de lo que vemos y escuchamos, contemplando poco después la [salida del paso](#), complicada y emocionante por ello y por convertirse en otra más que vivimos, y que

culmina con los sones de la Centuria Macarena recibiendo desde la calle al Cristo al que acompañará en su estación.

Tras eso, va acercándose nuestro turno. El primer tramo de Virgen sale, seguido del que en esa parte del cortejo componen muchos niños y niñas en alegre bullicio. Es el momento en el que toca ir poniéndose ya el capirote si no lo has hecho antes. Para ello, es preferible liberar las dos manos apoyando el cirio en una pared, o mejor en una esquina para que no se caiga y rompa, o, mucho mejor aún, dándoselo al Hermano más cercano para que lo sostenga mientras tú te cubres, volviéndose las tornas a continuación en devolución de la ayuda. Una vez lo tienes puesto, esperas el momento de ponernos en marcha y, siguiendo las indicaciones de los diputados para no romper la cadencia de salida de la cofradía cruzar la nave central, llegar a la doble puerta, y vernos al instante en calle San Vicente entre quienes presencian la salida, muchos de los cuales son vecinos antiguos de barrio, que vuelven este día a sus lugares de antaño y recuerdos.

Culminada la salida, comenzamos el caminar, a veces más lento, otras más fluido, según la marcha de la cofradía; a veces con el paso de palio a una cierta distancia, y otras muy cercano con los ciriales y demás acólitos aprisionando a los nazarenos con bocinas, estos a los de la presidencia y antepresidencia, y estos a las últimas parejas de cirio. Lo inevitable por ir en tales lugares, dicho sea con satisfacción y orgullo.

En ese caminar que entonces se inicia, y en las casi nueve horas de recorrido, hay variedad de horas, luces, ambientes y sensaciones. Me gusta que algunas cosas se repitan aproximadamente año tras año, y que haya otras que me sorprendan. En las primeras me gusta encontrarme recién comenzada la estación con mi hermana, con Jose mi cuñado, y sus íntimos amigos Ángel y Virginia, hermanos también del Buen Fin desde que vivieron un tiempo en Sevilla, y que vienen cada año de Madrid a su Hermandad; con mi primo Juan, también del Buen Fin. Me da alegría ver a la pareja de antiguos alumnos de hace unos cuarenta años y que nos vemos varias veces y únicamente cada Semana Santa; a mis primas Emilia y Lalé normalmente en el entorno del Duque, y algo antes a mis sobrinos nietos que ya los han sacado de la fila para su descanso; en los palcos a Mari Reyes, hija de mi primo Rafael y sus pequeños; al comienzo de la Avenida las sillas que ocupadas muchos años por Ricardo y María José, donde hoy suelen estar su hija Mari Luz y los hijos de ella; más adelante, los amigos y vecinos Manolo y Mariló; y al final muy cerca de la Puerta de San Miguel, Joaquín y Babel con su grupo familiar y de amistades. A esos encuentros casi fijos, se añaden cada año otras personas que, por lo inesperado, ni sabes cómo logras verlas a pesar de las limitaciones que para ver a tu alrededor te impone el antifaz.

Encontrar amigos, familiares o conocidos cuando vas de nazareno, da satisfacción, independientemente de que la manifiestes o no, y de que lo hagas con un ligero movimiento de cabeza o mano, o una breve frase que pueda oír el destinatario si está muy cerca de ti; expresiones comedidas por el sitio en el que vas, pero alegres porque así lo estás y porque así te gusta que te sientan quienes conociéndote lo saben. Supongo además que también funciona la emoción de la variedad. Me explico. Para el nazareno que va viendo caras y más caras desconocidas, encontrar, inesperadamente o no, alguna querida o cercana supone un contraste que satisface. Y también lo es para quien viendo pasar nazarenos y más nazarenos que nada le dicen, encuentra uno que le haga un pequeño gesto de complicidad, de saludo o de que "Sí, que soy yo", rompiéndole la monotonía.

Al margen de a quién encuentras, el entorno y ambiente de la cofradía cambia varias veces en el recorrido, aportándote diferentes sensaciones. Su primera parte, desde la salida hasta el

inicio de la Carrera Oficial, por Marqués de la Mina, Alcoy, San Lorenzo, Conde de Barajas y Jesús del Gran Poder, es un trayecto a veces nervioso por parte de la cofradía, que sueles notar; de búsqueda por quienes la conducen del cumplimiento con los milimetrados horarios oficiales marcados por el Consejo de Hermandades. Posiblemente también por parte tuya, por la acomodación a lo que tanto habías esperado y deseado. Acomodación en este sentido mental, y acomodación en lo físico a pequeños detalles, ínfimos pero que resaltan en ese reducido universo en el que vas: adaptación a llevar el cirio en la cadera -“al cuadril” como gusta decir en los medios de comunicación-, a bajarlo sin que le caiga cera ardiente a tu mano ni a quien en calles estrechas va próximo a ti, a subirlo de la mejor manera y sin pisar con él la parte baja del antifaz, a las sensaciones de tu cuerpo en una prenda con cola que tira hacia abajo y antifaz con capirote apoyado en las sienes, y también a ver a través de pequeños óvalos que según tus movimientos no siempre quedan situados lo cerca que debieran de los ojos.

Sin embargo, cuando o mientras te habitúas a lo tuyo, y te distancias del entorno externo al que también vuelves de vez en vez, sientes plenamente la alegría de la media tarde, de las calles con público con ganas de cofradías, y de la tuya sabiendo que acabas de comenzar y tienes por delante mucho tiempo y sensaciones que vivir. Puedes así sentirte parte privilegiada de un cortejo que abre paso y conduce a ese andar del palio y su Dueña, triunfal y casi exuberante a veces, o recogido e íntimo según momentos y lugares, intercaladas ambas cosas también con el necesario ganar metros en otros, acompañando a cada uno de esos modos la música de diferentes cortes y sintonías que suena en casi todas las chicotás.

También en la Carrera Oficial percibes diferencias según sus zonas. La Campana, por la visión amplia que permite a la mayoría de sus sillas, con público atento al paso que presencia normalmente al son de composiciones dedicadas a la Imagen que pasa. Sierpes es otra cosa, más bulliciosa, supongo porque ven al paso cuando lo tienen más cerca. También imprime carácter a esa calle, excepto en la Madrugá, el que -al no haber vallas- los niños colocados en la primera fila están sin tregua y con afanes invasores en las tareas en los que muchos hemos estado a su edad. Solo veo una diferencia. Antes pedíamos cera y caramelos, y ahora suman a eso estampitas y medallitas con las Imágenes titulares, y algunos obsequios más especiales en alguna otra Hermandad, que conforman un muestrario que además de amplio resulta ignoto por abierto para los que pretenden conseguir algún trofeo, sea el que sea. Eso les lleva a algunos a añadir a los usuales “Dame cera” o “¿Tienes caramelos o estampitas? los multifuncionales “¿Tienes algo?” o “¡Dame algo!” que me hicieron reír la primera vez que los escuché. ¡¡A eso se le llama eficiencia: minimización de esfuerzos maximizando la probabilidad de obtener resultados satisfactorios!!

Los palcos de la Plaza de San Francisco, y la Avenida desde que la vallaron, son zonas más tranquilas para el nazareno, y se suelen pasar antes que te des cuenta, a pesar de su longitud. A su final, te espera la Catedral con su solemnidad, con la ausencia del bullicio de la calle que traías, y con la locución de turno que por megafonía oyes, pero no escuchas, sobre el acto que la cofradía está realizando. También es el lugar donde en muchas cofradías de recorrido más bien largo, el Buen Fin entre ellas, se aprovecha para que los componentes del cortejo que así lo deseen puedan acudir a los numerosos servicios portátiles instalados en el histórico patio de los Naranjos, y beber de la fuente también provisional con numerosos grifos que allí colocan.

Salir de la fila y recorrer ligero por la premura de tiempo el trayecto hacia allí alivia el andar más lento que has traído hasta entonces; y cuando llegas al citado patio, quitarte tras las primeras cuatro horas el capirote es otro regalo físico, mayor mientras más temperatura haya estado haciendo. Evacuar, aunque sea teniendo que sujetarte la túnica mientras suspendes el

cirio para no manchar ni una ni otro, acercarte a la fuente y mojarte los labios y boca, incluso la frente, y seguir sintiendo la brisa en cara y cabeza –que ya no en el pelo en mi caso-, volver a ver a quienes han estado ocultos como tú, y preguntar y confirmar con mi sobrina o Manuel y otros más que todo va bien, son pequeños grandes placeres que también saboreas. Placeres que en todo caso se pasan en un instante, pues rápidamente, y como te recuerdan tus propios diputados de tramo y la visión de los primeros nazarenos de La Lanzada que ya llegan al ser la cofradía que nos sigue, es el momento de volver a cubrirte y buscar tu sitio para, mientras se autoorganiza el tramo, disponerte a terminar el recorrido en la Catedral y empezar la segunda parte de la estación, la de vuelta, cuando ya es o empieza a ser de noche. Una parte distinta a la vivida hasta aquí.

### **La noche**

Con el regreso al bullicio de la calle, ahora Placentines y Alemanes, tras el breve paréntesis vivido, vuelves a lo que era y estabas. Has tenido que volver a retocarte la colocación del capirote y centrarte el antifaz, subirte el cíngulo y su sujeción de la cola, que se ha movido sin remedio. Vuelves a sentir el cirio en tu cadera mientras caminas, colaborando a formar el arco continuado de luces que enmarca y permite al público vislumbrar en su final la Imagen a la que acompañamos. Cuando todos esos elementos vuelven a su sitio, ya te preparas para otro tipo de ambientes y de sensaciones.

Estamos en torno a las nueve y algo. La luz ha cambiado, los niños cada vez son menos y por ello sus peticiones te llegan con menos frecuencia. También ocurre que el horario con más controles oficiales está cumplido, y la marcha de la cofradía puede relajarse en alguna medida, lo suficiente para que en algunos momentos el paso de Virgen pueda “lucirse” más, pueda mostrarse con algo más de calma, disfrutando y haciendo disfrutar los costaleros, el capataz y su equipo de ayudantes, con la banda poniendo de su parte, como por ejemplo [en la subida de la Cuesta del Bacalao](#), donde el paso es llevado en una sola chicotá al son de marchas enlazadas, recibiendo la Virgen una gran petalada. Minutos plenos de emoción y comunión de los allí presentes, aderezados con aplausos a la Imagen, a quienes la llevan y a los propios que aplauden por agradecimiento y sentirse partícipes de algo efímero y a la vez duradero en el recuerdo y grabaciones.

En ese recorrido de vuelta, en [sitios en los que el paso se enlentece y recrea](#), y la marcha de la cofradía nos permite a las últimas parejas parar y volvernos, es cuando se establece más fácilmente comunicación con la Imagen, con los ruegos, alegrías y penas que recoge cuando está en la calle, en ese palio que tanto la resalta. En esos momentos de cercanía, se la ve bonita y delicada, produciendo ternura, y consiguiendo la comunicación y común unión para la que al menos en Andalucía se hacen Imágenes y se sacan a la calle.

No soy de fijarme en muchos detalles. Por ello y a pesar de las horas que paso viéndola no soy capaz de decir cómo la arreglan cada año, pero supongo que tanto la destreza y gusto de Jesús Corral Zambruno, su actual vestidor, como lo artístico de la corona que le impusieron canónicamente, tendrán bastante que ver también con la sensación que esta Imagen produce en su paso, y más aún cuando la iluminan las muchas velas de la candelería, que contrarrestan el efecto amortiguador que el azul oscuro del palio tiene sobre la luz de la tarde, especialmente cuando esta está en vías de vencerse.

Además de los momentos de mayor intimidad por el enlentecimiento en el andar del paso, ya sea por [la estrechez de determinados sitios](#) o por ir acorde con [alguna composición suave y evocadora](#), en otros se da otra variedad del caminar, el andar para ganar terreno. Suele quedar

anunciado cuando al capataz se le escucha pedir con energía o insistencia “Darle más paso a la trasera”, y repetir a alguien de los que colaboran sin vestir de nazarenos, o a algunos de la presidencia, “Hay que andar, Hermanos”, “Por favor, Hermanos, vamos a avanzar”, que se aplican también quienes del público se sitúan delante del paso. En esos momentos, tras el empuje inicial, se suele adoptar un ritmo agradable de andar, que permite nuevos momentos de reposo emocional, de disfrute tranquilo de la situación, que permite cambiar el foco de atención y apreciar caras atentas en el público, que saben y disfrutan lo que están viviendo y desean presenciar.

Vengo hablando de distintos modos de caminar en la cofradía, y de lo que te permite y ofrece cada uno de ellos, pero también cabe referirme a las paradas, a esos momentos en que no debes avanzar, de duración variable según las necesidades del cortejo, y coincidentes casi siempre con las paradas del paso para el descanso de costaleros. También en esas paradas hay variedad y por tanto también en el modo de vivirlas. Algunas sirven de descanso, de brazos por cuanto bajas el cirio y lo apoyas en el suelo, de la espalda si te apoyas suave y discretamente en el cirio a modo de bastón, y de piernas en cuanto puedes flexionar ligeramente las rodillas, y darle giros suaves a los tobillos cuando quieres descargarlos de tensión. Eso en lo físico, pues en lo anímico también pueden ser momentos de volverte de nuevo hacia el paso y disfrutar con la belleza de su conjunto, o de recogerte en ti mismo y quedarte con tus pensamientos facilitado por la oscuridad que tu antifaz añade a la que regala la hora. Por eso, a veces ocurre que quienes van justo detrás de ti han de avisarte que has de continuar la marcha que ya reiniciaron los que te preceden en el tramo.

Son esas paradas momentos también en los que puedes cambiar alguna impresión o comentario con los nazarenos juntos a los que estás. Y son momentos, en algunos de los que presencias el relevo de la cuadrilla de costaleros, percibiendo tanto las ganas por entrar de los que se van a meter bajo el paso tras el tiempo tenido para descansar y reponer fuerzas, como la satisfacción y orgullo con la huella del esfuerzo recién realizado en quienes acaban de salir de debajo y les corresponde recuperarse mientras se dirigen al lugar y momento del recorrido en el que han de estar listos para volver a meterse.

Siempre me había intrigado conocer los sentimientos y razones que llevan a estos hombres a hacer ese esfuerzo bajo el paso, soportando pesos no despreciables sin obligación alguna, haciéndolo además en un ambiente estrecho, además de caluroso y húmedo por lo cerrado. Por eso, llegó un momento en que mi compadre, Moisés Ríos, y yo, decidimos investigarlo, obteniendo una amplia información, [disponible](#) para quien quiera saber más de lo que hay tras esos rostros la próxima vez que presencien un relevo.

A veces pienso que el disfrute del ambiente, paso e Imagen en los momentos y situaciones que he ido mencionando, favorecido por el sitio en el que voy, podría ser similar si lo acompañara sin formar parte de la cofradía, desde fuera. No sé si lo tendré que hacer algún día cuando pesen más de la cuenta las limitaciones de la edad y no me quede otra que adaptarme. Pero hoy por hoy creo que vivir esas circunstancias desde el interior de mi túnica es una situación más ventajosa, en cuanto ayuda a concentrarte en lo que vas haciendo, en lo que vas sintiendo, potenciándolo. Eso sin mencionar el sentirte cerca de tus compañeros de tramo, empezando por el que forme pareja contigo, que por algo Antonio Méndez y yo nos venimos diciendo que por los años que hemos ido formándola, ya somos “pareja de hecho”; y eso incluso reconociendo que no le hemos hecho ascos a romperla cuando uno o ambos ha preferido ir en otro lugar de la cofradía algún año, aunque siempre dejando abierta la puerta a un nuevo caminar en paralelo, física y emocionalmente.

Con la variedad y cambios de disfrutes, emociones, ritmos de andar y posiciones adoptadas, el tiempo va pasando más rápidamente de lo que uno quisiera y cuando te das cuenta han quedado atrás las cofradieras callejas que te llevan al Salvador y calle Cuna, para que, a partir de Orfila, el público vaya cambiando en cantidad, y a medida que se va acercando la Gavidia, la cofradía recupere el ambiente de muchas del tiempo de mi infancia y juventud, antes del *boom* de público en los ochenta del pasado siglo. De ahí a la entrada, el público y el entorno muestran, reciben y aportan sosiego, paz y tranquilidad que empiezan a estar acorde con lo que entonces agradece y busca tu cuerpo, ya algo resentido por las horas y las emociones vividas.

Por esa zona y hora, en torno a la medianoche y en adelante, comienza una parte de recorrido con otro encanto, con otros sabores. Sabes que te vas acercando a San Antonio, pero sabes también que te queda tiempo para seguir en lo tuyo. [La Gavidia](#) con su encanto y arbolado, [Cardenal Spínola](#) con la estrechez que facilita escuchar el palilleo de los tambores para no entorpecer la audición de las órdenes del capataz por su cuadrilla y ayudantes, regalando también con sus paredes una caja de resonancia para la marcha que antes o después va a sonar o ha sonado, envolviéndote y llevándote hasta la plaza de San Lorenzo. Esta, que sobre las seis de la tarde era [plenitud, bullicio e inicio](#), es ahora reposo, intimidad y acogimiento, lugar para escuchar más de una marcha mientras que el paso hace las revirás necesarias para encarar calles Eslava y Alcoy, y vislumbrar en su final el fin de la estación. Pero antes de eso llega la parte estrecha y abacera de Marqués de Mina, en la que solemos tener el regalo de tener y sentir el paso a muy poca distancia, encima literalmente si el cortejo suele estar parado mientras entra el paso de Cristo o acaba de hacerlo y el de Virgen ha ido avanzando para evitar que los cuerpos de los costaleros se enfríen en una parada prolongada. Un regalo aprovechado para seguir empapándonos de belleza y sentimientos hermosos, de plenitud estética para [apurar lo que nos va quedando](#) de Miércoles Santo de Buen Fin.

De ahí hasta la entrada, el público es aún más del barrio, de esa parte final de la de San Vicente -que otros llamaban “Vicentillo” para diferenciarla de la que admiraban y con la que se identificaban en el extremo opuesto, más cercana al Museo de Bellas Artes-. Ese público está ahora de manera distinta a la tarde, notándosele mayor relajo y tranquilidad, por saberse en su casa a la que vuelve también la Hermandad.

Ese ambiente se refuerza cuando van llegando a las cercanías del paso de palio costaleros y nazarenos de Cristo una vez terminada su estación, desvestidos de sus correspondientes atuendos que en todo caso se delatan y delatan a sus dueños por las mochilas y bolsas donde llevan sus costales o túnicas, o por la más evidente y difícil de ocultar cartonera o capirote ya sin antifaz.

Mientras, estás ya cerca de la puerta de entrada y escuchas una marcha más a sumar a las decenas que la Banda de la Nieves ha repartido a espuestas desde la salida, y debes estar atento una vez más también a las indicaciones de los diputados que nos frenan a las últimas parejas de cirio para que el paso no quede descolgado de su cortejo. Así sigues hasta que te indican que avances y, cuando ya no recibas ninguna señal de una nueva parada, te veas regresando otro año más a San Antonio, donde en la segunda puerta entregas el cirio que te ha acompañado y con el que has acompañado, y te quitas el antifaz.

Esta vez, junto a la caricia de la brisa nocturna, recibes la calidez de alguien querido que te ha estado esperando, como en mi caso es el que me regala Mari Ángeles con beso y cara de felicidad y complicidad, que te pregunta cómo estás, no saliéndote cosas distintas a “Muy bien” o “En la Gloria”, pues no es otra cosa que la pura y simple verdad. Por eso, este reencuentro es



un aliciente para entrar, que sientes cuando te vas acercando a la entrada, y que se contrapone y solapa con fuerza a la certeza y pesar del final ya próximo.

Las emociones y diálogos en ese reencuentro terminan pronto en nuestro caso, porque casi de inmediato empieza a verse en la pared frente a la iglesia el resplandor de la candelera del paso que se acerca; tanto que en un instante podemos ver el primer par de varales, después el segundo y así hasta que aparece el perfil esperado de la Virgen de la Palma. [A partir de ese momento](#) la sigues, recorriendo también una vez más todo ese conjunto del paso que quieres hacer tuyo para evocar cuando lo desees lo que aún estás degustando, aunque con una fuerza que no será la misma y que por eso quieres asirlo con decisión, acompañado por el silencio de los que allí estamos.

Cuando aún en la calle, el paso queda cuadrado cara al interior del templo, sabes que está así para que sus Hermanos puedan empaparse mejor de Ella en estos momentos finales, en los que mentalmente quedan lejos sitios como la silenciosa Catedral, y muchedumbres como en El Duque a la ida y en El Salvador a la vuelta. Ahora todo eso, por ahora, ya es pasado, y toca el presente, el de la entrada y final de la estación. En eso nos centramos, viendo la complicada maniobra en la doble puerta descuadrada, y con altura insuficiente que obliga a un esfuerzo adicional a quienes dirigen el paso y lo llevan. Así hasta que el capataz manda a sus hombres suspender los cuerpos, recuperando su altura, y la entrada ha culminado.

Tras eso ya solo resta esperar a que sitúen el paso junto al de Cristo, bajo el coro, ambos con las velas gastadas, con chorreones de cera que se han ido secando, añadiéndoles los que ahora los miramos matices de satisfacción por lo vivido, y de nostalgia por saber que ahora sí se ha terminado por este año el Miércoles Santo en San Antonio.

Realmente, terminado del todo no, porque una vez colocado el paso de Virgen en su lugar, cantada su [Salve](#), sin la solemnidad de los cultos, pero con el sentimiento del momento, y apagadas sus velas a veces amorosamente con un clavel, empieza el momento de nuevas fotos de recuerdo, de abrazos y besos emocionados, de felicitaciones mutuas, de satisfacción y orgullo por lo hecho y vivido por cada uno en su lugar, y todos en común para un buen fin y con el Buen Fin.

De ese modo, poco a poco, el ambiente se va deshaciendo y apagando, al igual que lo van haciendo las principales luces que iluminaban las naves de la iglesia, que junto a otras señales te empiezan a avisar de que hay que ir saliendo de la iglesia. Sólo te queda aceptarlo, poniéndote en camino hacia casa, aunque saliendo como me gusta por la casa hermandad para así dar y recibir un “Hasta pronto. Que, descanses” de los más cercanos y conocidos.

## **Epílogo**

Cuando vuelves a cubrirte y te encaminas de regreso a casa, ya sabes que estás en el epílogo de lo vivido este Miércoles Santo. Cuando recorres calles que hace poco tiempo transitabas con gozo en sentido inverso, empiezas a saber que eso, los recuerdos de lo recién vivido, es lo que queda a tu disposición hasta el próximo año. Cuando te cruzas con nazarenos de otras Hermandades que también se han recogido –qué expresión ésta más bonita, por íntima-, ya imaginas que llevarán pensamientos y sentimientos parecidos a los tuyos, uniéndote así de alguna manera con tus otros Hermanos de ese Miércoles Santo que a esta hora ya es Jueves. Cuando, como en mi caso, he de cruzar en El Salvador el cortejo de Los Panaderos si aún van por ahí o, si ya han pasado, vislumbrando a lo lejos en calle Cuna la trasera de su Virgen de Regla de

mi compadre con costal y de Cristina y los hijos de ambos, me uno a ellos en sentimiento y les deseo que apuren el disfrute que su tardío horario les permite.

Y cuando ya en casa me despojo de la túnica y demás elementos, vuelvo a besar la medalla al quitármela, en un nuevo recuerdo, homenaje de gratitud y reconocimiento, a mis padres por el regalo que me hicieron al hacerme del Buen Fin, permitiéndome vivir lo recién sentido, y por haberme mantenido en ella al abonar mi cuota en tiempos en los que la vida me llevó a otros lugares y anhelos que nunca sabré si lo suficientemente distantes como para haber perdido por mí mismo mi vinculación administrativa –fría, pero necesaria- con esta fuente de emociones hermosas y plenas que es el ser miembro de pleno derecho de nuestra Hermandad. Por si acaso eso hubiera ocurrido, de nuevo: ¡Gracias a los dos!

Finalmente, cuando la bebida fría que te aguardaba en casa calma la sed que ahora sí notas, cuando comes algo que te detiene el hambre que ahora satisfaces, cuando los cambios de agua caliente y fría te hacen sentir aliviado y agradecido de que las piernas te hayan estado sosteniendo y llevando en tu gozo, cuando te acuestas y te cuesta cortar el flujo de imágenes y sensaciones que se atropellan y atropellan, y cuando a la mañana siguiente despiertas y sabes que ya no es Miércoles Santo..., en todos esos momentos sabes que todo lo vivido queda ahí para ti, como reposando en algún lugar al que puedes acceder en cualquier instante en los doce meses siguientes, y en los que les sigan, como de hecho me ha ocurrido para poder escribir esta páginas.

Y si cuando niño, al final del Miércoles, y sobre todo en el Jueves que le seguía, temías por demasiado largo y duro ese periodo de un año por venir, afortunadamente llegas a aprender que este es sólo la cuenta objetiva del calendario, pero que para ti no es un tiempo exclusivamente de espera de otro Miércoles Santo, y menos aún de espera impaciente, sino una oportunidad y marco para vivir plenamente acontecimientos y ocupaciones de tu cotidianeidad, en los que en todo caso y con seguridad se entremezclarán retazos de lo vivido, sentido y disfrutado este día tan especial, al que siempre deseas poder volver.

Sevilla, 8 de abril de 2020. Miércoles Santo.